





¿Cuáles serían sus síntomas?

“El primer síntoma de este malestar es que el mundo nos parece incomprendible. Que parece que los jugadores juegan con la historia, que la verdad es un bien escaso o ladeado. Y la sensación de distancia entre la versión oficial y las teorías conspirativa se va acortando. Las soluciones simplistas abundan. Las políticas públicas se degradan. Y a nadie le importa. En fin, son muchos los síntomas. Pero lo más importante es que la población, y no

solo la de Chile, empieza a pensar si acaso tiene sentido que exista esa institucionalidad”.

Escribe: “Ya no es una crisis de orden, sino de civilización”. ¿En qué situación está Chile?

“Creo que es una crisis de civilización la que estamos viviendo. Lo que está en juego detrás de todas estas crisis es la duda existencial que tiene Occidente sobre sí mismo. Occidente está terminando de borrar su proyecto

ilustrado y todos los caminos que se habían construido para darle sentido a la tecnología, a los procesos políticos. Estamos en lo que Max Weber llamó la jaula de hierro. En la pérdida de libertad. Y eso cuestiona las bases de la civilización. Chile no puede ser ajeno a esa coyuntura”.

Algo profundo...

“En ese contexto, la política se descompone y se fragmenta. Pero no lo hace como resultado de un ataque externo ni de un alzamiento ideológico como el que conocimos en las grandes guerras del siglo XX. El colapso actual no es producto de doctrinas enfrentadas, sino de una degeneración interna del sistema simbólico, una patología que nace desde dentro, que replica formas vacías y que se expande por la imitación. Es el colapso de producir sentido”.

¿Podemos esperar una vida más humana o estamos condenados a devorarnos unos a otros?

“Todo indica que sí. Es lo que nos indica el realismo político. Somos, lo que hemos sido siempre: mamíferos, dominamos un territorio y si podemos ampliar un territorio lo haremos. Pensamos que habíamos pasado el mundo de la guerra y podíamos construir un mundo en torno a los derechos humanos, pero eso no prosperó”.

¿Es tiempo para tener confianza?

“No es tiempo para tener confianza”.

El poder de la autoridad, ¿puede restablecer el orden?

“El poder de la autoridad no restablece el orden. Es una sensación de orden. Es miedo a una sanción, a lo punitivo. El orden es una estructura compleja. Y

su ligamento es que la población comparta. Por eso que no basta la violencia del Estado para el gran soporte”.

El orden que pretende establecer Estados Unidos, a la fuerza, ¿qué importancia tiene?

“Creo el gobierno de Estados Unidos no está viviendo ningún orden. Creo que está viviendo el caos de un presidente que interpreta de una manera absurda algunas de las estrategias más socorridas por los Estados Unidos. Muchas de las cosas que ha hecho Trump, ya las ha hecho Estados Unidos, pero las hace sin saberlo. Las hace compulsivamente. La gestión de Trump será recordada como hacer caer un imperio, sin importar cuantas batallas gane o pierda. Es un poder deformante. Y lo que está haciendo es acelerar el proceso de reemplazo imperial”.

¿Qué podemos esperar?

“El malestar es la aparición de un fantasma que exige una reparación. Pero el fantasma no solo pide, sino que además hace ruido e impide con ello saber qué hacer y cómo. Comienza así una época de caos, que bajo ciertas condiciones puede abrir inesperadas y hermosas puertas. Pero su destino no siempre es romper el pasado para entregar un mejor futuro. El malestar social es un juego difícil y peligroso, con reglas distintas al tiempo normal. El malestar social cambia las leyes de la sociedad mientras impera. Esta obra pretende, luego de tres lustros de investigación, dar una orientación para comprender el origen, la evolución y la consolidación del malestar social, señalando además la forma en que derivará en nuevos escenarios”.